

Capítulo 23 - La Confianza del Dragón - La Balada de un Dragón Semibenevolente

- Capítulo 23 - La Confianza del Dragón - La Balada de un Dragón Semibenevolente

Capítulo 23 - La Confianza del Dragón - La Balada de un Dragón Semibenevolente

Ashheart nunca había sido el dragón más inteligente. Sus hermanos y hermanas siempre habían sido más astutos que él y también habían aprendido magia con mayor rapidez. Cuando asistía a clases con la Madre Árbol, los demás dragones aprendices también demostraban ser más astutos y hábiles en la magia que él. Lo único que lo distinguía era su cuerpo. Era más grande que cualquier otro críos de su edad—más grande, más fuerte y más resistente. Golpes que habrían incapacitado o incluso matado a otros dragones eran para él meros molestos golpes. Ataques que habrían partido extremidades o atravesado su cuerpo apenas arañaban sus escamas. Y cuando resultaba herido, cuando sus escamas eran perforadas, rasgadas o desgarradas, el dolor no le afectaba. Solo le impulsaba a luchar con más fuerza, a esforzarse aún más, a invocar ese ardiente fuego que ardía en su interior. Pero, aunque Ashheart no era inteligente, sí poseía sabiduría. Sabía quién era y cuáles eran sus fortalezas y debilidades, y las aceptaba sin reservas ni dudas. No se mentía a sí mismo como muchos otros jóvenes dragones. Tal vez por eso logró su Primer Despertar mucho antes que sus compañeros. Mientras ellos luchaban por encontrar su lugar en el mundo, él sabía dónde pertenecía. Pertenecía a la vanguardia del combate, con garras y colmillos mostrarte en ristre, su llama ardiendo con la intensidad del sol. Que otros, más hábiles en táctica y estrategia, tomaran el mando del enfrentamiento. Él seguiría sus órdenes y se mantendría como espada y escudo, de modo que aquellos que estaban detrás pudieran desplegar su magia sin temor. Ese era su destino en la vida. La parte más difícil era confiar en otros. Más de una vez se había parado con valentía frente a otros y el peligro, solo para que lo abandonaran. Algunos habían sido traicioneros, con su traición planeada con anticipación, pero muchos simplemente eran cobardes. Veían una pelea difícil y, en lugar de buscar una manera de salir airosos con el tiempo que él les había comprado, huían. No podía decidir qué grupo odiaba más. Y entonces conoció a Doomwing. Ambos fueron tan jóvenes en aquellos días lejanos del Primer Edad. Ambos vieron caer a los más poderosos de su especie, derribados por el Dios Roto. Pero ninguno de los dos huyó ante aquel poder aplastante. Ashheart había visto los cuerpos de sus parientes caídos—sus padres y hermanos—y sintió una rabia que no había sentido nunca antes ni después. Maldijo su propia debilidad. ¿De qué servía su cuerpo fuerte si no podía proteger a sus seres queridos ni vengarlos? ¿Qué valían sus dientes, garras o su llama si no lograban dejar siquiera un arañazo en su enemigo? Doomwing había sido igual. Solo había vivido porque sus padres habían decidido dar su vida por él—para forzar un Segundo Despertar y sanar sus heridas. Y en medio de lágrimas de rabia, odio y tristeza, vio a Doomwing mirar la masa corrupta de metal divino que era el Dios Roto, buscando una forma de ganar. Por débil que fuera entonces, Doomwing se negó a rendirse. Miraba a su enemigo, aparentemente invencible, y buscaba un modo de vencer. No lo encontró. Los Primeros Dioses lograron derribar al Dios Roto, aunque a costa de sus propias vidas. Doomwing era

demasiado joven, débil e ignorante para encontrar el camino a la victoria. Pero siempre buscó una salida, mientras otros se hundían en la desesperación. En aquel momento, Ashheart supo que había encontrado a alguien en quien confiar en la batalla. Si podía hacerse amigo de Doomwing, ese dragón nunca lo traicionaría ni lo abandonaría. Por imposible que pareciera la lucha, si Ashheart lograba ponerse entre Doomwing y su enemigo, Doomwing encontraría la forma de ganar. Hacer amistad con Doomwing no fue sencillo. Ashheart nunca fue aficionado a las actividades intelectuales, mientras que Doomwing parecía disfrutarlas por encima de todo. Pero Doomwing no solo era un estudioso, a pesar de que solía verse así. En su aprendizaje había un pragmatismo implacable. Todo lo que aprendía, buscaba usarlo, por trivial o mundano que pareciera. "No hay conocimientos inútiles," solía decirle Doomwing. "Solo conocimientos esperando el momento adecuado para usarse." Sus palabras demostraron ser sabias cuando tomó numerosos fragmentos de conocimientos aparentemente sin importancia y desconectados para crear la antigua runa que arrasó con las defensas de la Madre Árbol. Aquel día fue glorioso para Ashheart. Había destruido la fuerza de los seres arbóreos más poderosos de la Madre Árbol y había abierto camino de fuego, sangre y lava a través de sus defensores. Rugió de triunfo hacia el cielo, aplastando cuerpos enemigos y quemando sus necias defensas con ríos de lava y polvo de escorias incandescentes. Aunque no fue lo bastante fuerte para ayudar mucho contra el Dios Roto, sí lo fue contra la Madre Árbol. Después fue a buscar a Doomwing, dispuesto a elogiarlo por su astucia y estrategias, solo para encontrarlo permaneciendo entre los restos quemados de la Madre Árbol. El otro dragón había levantado en sus garras las cenizas de aquella antigua árbol, dejando que el viento las dispersara. No había en sus ojos ningún brillo de triunfo, ni la emoción de la victoria atravesándole las venas. Doomwing había lamentado a su gran enemigo. Eso era algo que Ashheart no podía entender. La Madre Árbol se había vuelto contra todos. Había presionado para que tomaran decisiones difíciles. Había sido su enemiga. En su juventud le fue amable, pero tal benevolencia no lo detendría de derribarla si era necesario. Doomwing nunca fue amigo fácil, y sus pocos amigos eran tesoros muy valiosos. La Madre Árbol había sido su amiga. Le recordaba una frase que Dion, uno de los Primeros Dioses, le había dicho una vez. Dion era un dios afable, diferente a la forma en que Ashheart lo percibía, pero conocía los mejores alimentos y bebidas, y su modo de contar historias era encantador incluso para un dragón tan recio como Ashheart. "¿Qué vale una sola moneda de oro para el dragón más poderoso? Nada. Los más poderosos de tu especie tienen una tendencia curiosa a acumular tesoros. El Llama Sovereign duerme sobre una montaña literal de riquezas. Pero, ¿para un crío? Esa moneda de oro puede ser todo lo que tiene." Doomwing era como un crío, y sus amigos, como pequeñas monedas en un minúsculo tesoro. La pérdida de uno sería devastadora. Ashheart no era como Doomwing. No tenía muchos amigos, pero eso no le molestaba. En realidad, no sentía necesidad de tenerlos. Si uno de sus amigos moría, no le agradaría, pero mientras murieran con honor, no le afectaría demasiado. Después de todo, él era un dragón. La muerte era parte de su existencia, sea por él mismo o por otros que quisieran acabar con él. Pero Doomwing había pasado tanto tiempo cerca de la Madre Árbol que quizás había empezado a ver la muerte de otra manera, o quizás nunca la había considerado igual. O tal vez, Ashheart era el extraño. Tras la caída del Dios Roto, la rabia y el dolor por su familia se disiparon rápidamente. Estaban muertos, pero habían sido vengados. ¿Qué más podía hacer por ellos? No querían que sufriera eternamente. Querrían que él viviera y bien. De alguna forma, esa idea le aportaba consuelo. La sentimentalidad de Doomwing le hacía pensar que nunca enviaría a Ashheart a una batalla que no pudiera ganar, salvo en casos extremos. Tampoco lo abandonaría si las cosas se pusieran muy difíciles o peligrosas. Y si lo peor le sucediera, podría contar con Doomwing para cuidar de sus crías o pareja. Así, aunque Ashheart no entendiera del todo por qué Doomwing lloraba tanto a su enemigo, valoraba aquella cercanía y ofreció acompañarlo a cazar.

Podían matar un kraken o algo así. Eso siempre le alegraba. Doomwing lo miraba como si fuera un completo idiota y movía la cabeza, pero no dijo que no, y juntos surcaron el mar en busca de presas hasta llenar sus estómagos. Desde entonces, Doomwing también había hecho otros amigos, al igual que Ashheart. Cada vez menos dragones de la Primera Edad permanecían con vida, ya que muchos caían en batalla contra las Catástrofes, se volvían traidores, abandonaban el mundo o se destruían en accidentes mágicos. Los que quedaban se conocían mejor, primero porque luchar contra las Catástrofes requería una respuesta unificada, y luego porque lograron congeniar. Ashheart todavía recordaba la batalla contra la Estrella Exiliada. El titán de luz y gloria intentó juzgar al mundo como si tuviera derecho a ello. Sus enemigos caían en masa, mientras la Estrella Exiliada azotaba la tierra, rayos de luz brillante atravesando montañas y abriendo mares. Incluso sus congéneres dragones primordiales no resistieron la furia de la Estrella Exiliada. Solo Ashheart tuvo la fuerza para acercarse, únicamente él podía luchar contra la traidora estrella. Sabía que hacerlo probablemente le costaría la vida, y si lograba sobrevivir, sería con heridas horribles. Sin Dawnscale para curarlo, quizás quedaría inválido. Pero cuando Doomwing le ordenó hacerlo, no dudó. ¿Por qué? Porque si hubiera otra forma de vencer, Doomwing no se la habría pedido. Así, Ashheart cargó hacia su destino, rugiendo con rabia y desafío mientras la luz de la Estrella Exiliada desgarraba sus escamas, desintegraba su carne y le cortaba las extremidades. La magia de Ashheart era tosca, pero destacaba en cierta forma. Sobre todo, en potenciar sus habilidades innatas. Las escamas podían regenerarse. La carne podía restaurarse. Las extremidades podían volver a crecer. Solo tenía que sobrevivir lo suficiente para alcanzar a la estrella traidora. Si lograba eso, Daría tiempo a Doomwing y sus compañeros para vencer. Y, al parecer, lo logró, porque el mundo seguía en pie y Doomwing estaba con vida. Lamentablemente, la Estrella Exiliada no poseía carne en su forma depredadora. Ashheart recordaba haber intentado arrancarle la garganta, solo para ver cómo su boca ardía con una luz que superaba al sol. Hmm... y hablando de luz, ¿sobrevivió el vampiro mascota de Doomwing a esa batalla? Ashheart lograba recordarlo vagamente—el hijo del Cuarto Catástrofe, quien se había vuelto contra el vampiro enloquecido. Habían llegado a ser amigos en cierta medida, así que Doomwing se habría molestado si el vampiro hubiera sido aniquilado por uno de los ataques de la Estrella Exiliada. Solo su iniciativa de acudir en ayuda había impresionado a Ashheart. Después de todo, los vampiros y la luz no solían mezclarse. Doomwing lo llamó un completo idiota, pero Ashheart aprobaba su valor. La nostalgia lo sacó de sus pensamientos cuando percibió la cercanía de un dragón conocido. No era Doomwing. No, el dragón que se acercaba era demasiado pequeño para ser su amigo. Era un dragón que había tomado como pareja poco antes del Arribo de la Quinta Catástrofe. Se llamaba Diamondfang, y su cuerpo estaba cubierto de escamas que parecían gemas brillantes de todos los tipos. La conoció la primera vez con un resplandor del sol en la tarde, que resplandecía en sus escamas en destellos de zafiro, rubí, esmeralda y más. Ahora era más grande, y podía notar que había tenido otro Despertar, pero su atención pronto fue capturada por el dragón justo detrás de ella. Ashheart había visto antes escamas metálicas, pero nunca con estas características. En lugar de las escamas metálicas suaves y uniformes, las oscuras de este dragón eran ásperas y puntiagudas, más parecen rocas por su forma y apariencia que las escamas regulares que antiguamente inspiraron a los enanos a crear sus armaduras. A diferencia de Diamondfang, que siempre había tenido un cuerpo flexible y esbelto, este otro dragón era corpulento y robusto, diseñado para la fuerza y resistencia más que para la rapidez. Era raro ver a dragones con escamas metálicas así. Por lo general, eran más delgados, aunque había algunos más gruesos. Pero lo que más le convenció fueron sus ojos. Normalmente, un dragón con esas escamas tendría ojos que parecieran metales también. Pero no ese dragón. Sus ojos ardían con calor volcánico, dos estanques de naranja fundida que reflejaban el corazón ardiente y salvaje del mundo. Ashheart buscó en sus recuerdos

antes de la Cuarta Catástrofe. Diamondfang aún no había puesto un huevo, pero era esperanzada... "Ha pasado mucho tiempo," gruñó Ashheart cuando Diamondfang y el otro dragón aterrizaron en cumbres cercanas. Intentó no reírse al ver a los enanos retrocediendo horrorizados. Su líder hacía lo posible por calmarlos, señalando—con toda razón—que si Ashheart quisiera matarlos, ya lo habría hecho. "Diamondfang." Su mirada se fijó en él, y sus ojos, como siempre, eran opalos de color cambiante. "Sí, lo ha sido. ¿Estás... bien?" Ashheart consideró la pregunta y asintió. "Me siento fuerte—más fuerte que cuando enfrenté a la Estrella Exiliada." Y era cierto. Durante su sueño de sanación, solo había ganado más poder, siguiendo la naturaleza de un dragón. A menudo soñaba con las batallas que había vivido, y esos sueños se sentían increíblemente reales, hasta el punto de que estaba seguro de no haberse quedado sin su filo.

"¿Por qué estaba dentro de una montaña?" Diamondfang sonrió levemente. "Doomwing te selló en una montaña cuando quedó claro que tus heridas eran tan graves que moverte podría matarte. Usó toda la magia sanadora que conocía para tratar tus heridas y luego manipuló las corrientes mágicas de la zona para alimentarte y ayudarte a sanar. No sabía cuánto tiempo tomaría, pero estaba seguro de que funcionaría." "Eso suena a algo que él haría." Ashheart asintió. Después de que Dawnscale se fue, Doomwing volvió a estudiar la magia de sanación. Probablemente nunca alcanzaría la habilidad y poder de Dawnscale—la ventaja de su linaje era demasiado grande—pero podía imitar sus habilidades si era necesario. "Dreamsong también tejió magia en los sueños que te rodeaban para aliviar tu sueño y mantener tu mente activa, para que no cayera en el abismo de los que sueñan demasiado tiempo." "Hizo un buen trabajo," dijo Ashheart. "Ahora, tengo muchas más preguntas, pero hay una que debo hacer primero." Su mirada se fijó en el dragón macho que acompañaba a Diamondfang. "¿Quién eres?" "Soy Adamantheart." La voz del dragón vibraba con entusiasmo. "Tu hijo." "¿Es eso así?" Ashheart se inclinó hacia adelante y en un parpadeo cruzó la distancia entre ellos, bajando con una garra. No usó toda su fuerza. Adamantheart era quizás un cuarto de su tamaño. Un ataque a plena fuerza lo habría matado fácilmente, pero todavía era un golpe de un dragón primordial, y muchos habían caído incluso por un simple golpe de Ashheart. En lugar de esquivar, Adamantheart decidió recibir el impacto de frente, aferrándose a la montaña y levantando ambas garras para bloquear. Las montañas temblaron con la fuerza del impacto, y las nubes cercanas se apartaron por el estruendo que resonó en el cielo. "Hmm..." Ashheart retrocedió su garra. La montaña bajo Adamantheart se fracturó, y el cuerpo del joven dragón temblaba. Algunas escamas en sus brazos estaban agrietadas y manchadas de sangre en las comisuras de su boca. Pero Adamantheart sonreía de oreja a oreja, y el metal oscuro de su cuerpo parecía retorcerse en la anticipación de la pelea. "Eres sin duda mi hijo." Mostró sus colmillos. "Por cómo se siente, has experimentado tu Segundo Despertar recientemente." Adamantheart asintió. "Hace menos de un siglo." "No está mal... nada mal." Ashheart emitió un gruñido bajo de aprobación. Era un avance importante. Diamondfang había criado bien a su hijo. "Tu madre te crió con esmero, y debes haberte esforzado mucho. ¿Te ayudó Doomwing?" Diamondfang respondió. "No mucho después de que recibiste tus heridas y quedaste atrapado en la montaña, puse el huevo de Adamantheart. En ese momento, me dirigí a Doomwing." "¿Ah?" "Ninguno de tus enemigos se atrevió a atacar tu forma durmiente, no después de que Doomwing dejó claro que desgarraría sus corazones y se los comería si intentaban algo. Sin embargo, cuando supieron que Adamantheart era tu hijo..." "Entiendo." La mandíbula de Ashheart se tensó. Diamondfang había nacido durante la Tercera Edad. Era una dragona antigua de gran poder, pero sus enemigos también eran dragones antiguos. Confía en que ella podría enfrentarse a cualquiera en combate singular, pero si atacaban en grupo... "¿Siguen vivos? Si es así, puedo acabar con ellos." "Doomwing nos protegió," dijo Diamondfang, "y dejó claro que cualquier ataque sería respondido con la máxima brutalidad." "¿No los pusieron a prueba?" preguntó Ashheart. Más de una vez, un dragón confundió la

sentimentalidad de Doomwing con debilidad. Pero rara vez se equivocaron de nuevo. "Solo uno. Doomwing lo ejemplificó." "Bien." Ashheart no tenía problema con que lo desafiaran sus enemigos, incluso en grupo. Pero que atacaran a su pareja y a su hijo no lo tolerarían ni él ni ningún dragón respetable. "Y ahora, ¿qué hay de ese dios zorro?" "Ah." Diamondfang frunció el ceño. "Eso... es complicado." "¿Era poderoso?" preguntó Ashheart. "Porque sólo se me ocurre que los kitsune puedan llamarse dioses zorros, y no recuerdo que fueran especialmente fuertes." "Era increíblemente poderosa," afirmó Diamondfang, "casi mató a Doomwing en combate." "¿Qué?" gruñó Ashheart. "Imposible. Ningún kitsune debería ser tan fuerte." Pero, en realidad, la Cuarta Catástrofe había logrado superar los límites que creían de los vampiros. ¿Habría hecho lo mismo alguna kitsune? "Lo derrotó con una lanza de metal divino, al menos así la llamaba Doomwing." "¿Metal divino?" Ashheart la miró. "Debo preguntarle a la próxima ocasión que lo vea." "¿Vas a hacerlo ahora?" preguntó Diamondfang. Ashheart la miró a ella y a Adamantheart. "Puede esperar. Seguro que ya sintió mi presencia, y siempre puede contactarme a través de ese espejo suyo si la situación es urgente. Ahora, tengo hambre." "El mar está al norte," dijo Adamantheart. "En esta época del año, las ballenas abundan." "¿En serio?" Ashheart estiró sus alas. "Entonces, vámonos, y tú y tu madre me contarán de lo que me he perdido." Sonrió. "Y después, puedo enseñarte mi guarida." "Sobre eso," dijo Diamondfang, "Doomwing podría haber destruido tu guarida." "...". Ashheart parpadeó. "¿Qué?" "Fue parte de una trampa," indicó ella con prisa. "La Sexta Catástrofe encontró una forma de aprovechar el poder debajo de ella, así que Doomwing tendió una trampa. Pero ella logró escapar, y en ese proceso, tu guarida quedó destruida." "...". Ashheart frunció el ceño. "¿Y mi tesoro?" "Doomwing lo tiene," afirmó Diamondfang. "Lo tomó después de que tú fuiste herido, para cuidar de ello, ya que no tuve fuerza para defenderlo." Ashheart sintió alivio. Le había tomado épocas reunir su botín, mientras que su guarida podía reconstruirse si era necesario. "Había tesoros allí que podían haberte ayudado a ti y a nuestro hijo..." "Doomwing los puso a nuestra disposición," respondió ella. "Y hasta usó su alquimia para facilitar que Adamantheart accediera a los materiales para su crecimiento y Despertares." "Hmm... siempre le había gustado la alquimia." Ashheart entendería a su amigo. Doomwing solo habría destruido la guarida si lo consideraba necesario, y que la Sexta Catástrofe no solo escapó de la trampa sino que casi mató a Doomwing más tarde demuestra lo peligrosa que fue. Pero ¿de dónde había sacado metal divino? Definitivamente tendría que preguntarle. "Ahora, debemos partir." Mientras los tres dragones se dirigían al norte, uno de los enanos se volvió hacia el rey Bjorn. "¿Cre... crees que volverán?" El rey suspiró. "Solo podemos suponer que sí... aunque..." Miró la montaña que Ashheart había abierto. "Envíe prospector, no tendremos problemas para acceder a esa veta de oro, y quién sabe qué más encontraremos."